

ALEMANIA Y LA POLITICA INTERNACIONAL

Hace unos días el Canciller Adenauer firmó en París, en nombre de su Gobierno, el plan Schuman, y más recientemente todavía, el mismo Canciller se ha presentado como ministro de Asuntos Exteriores de su país en el Consejo de Europa. Estas dos son las primeras actuaciones verdaderamente importantes de la República federal de Bonn en el mundo internacional de la postguerra (1). Ya es significativo que estas dos actuaciones tengan el mismo signo: el de la unión europea. Alemania va adquiriendo la igualdad de derechos, a medida que las perspectivas de una unión europea son más firmes y estos derechos los va adquiriendo como miembro de esa comunidad; si el día de mañana los hombres alemanes vuelven a ponerse el uniforme y a empuñar las armas, será sin duda como miembros de un ejército europeo del pacto atlántico, bajo mando internacional.

Esto quiere decir, que Alemania no ha recobrado todavía su plena autonomía como Estado y que en su proceso hacia la igualdad de derechos se detendrá seguramente en el mismo nivel en el que los otros países hayan limitado voluntariamente su soberanía. Porque lo cierto es que si el concepto de soberanía fué siempre más jurídico que real, hoy lo es más que nunca y, sobre todo, en Europa. Hoy ya no se trata en Europa de soberanías nacionales, sino de competencias, de derechos. Frente a los Estados igualmente soberanos, los Estados piden hoy igualdad de derechos, de competencia.

¿Cuál ha sido la evolución de Alemania desde la rendición incondicional de mayo de 1945 hasta esta igualdad de derechos que está a punto de conseguir? Muchos han sido los acontecimientos externos y

(1) El primer acuerdo negociado fué el «Protocolo de Petersberg», de 24 de noviembre de 1949, entre los Altos Comisarios y el Gobierno de Bonn, concediendo a Alemania cierta personalidad internacional.

los factores internos que han condicionado este proceso desde el plan Morgenthau de pastoralización de Alemania, hasta su admisión en el Consejo de Estrasburgo. No podemos aquí detenernos a describir minuciosamente este proceso; de sobra conocido por todos, nos bastará con trazar sus grandes líneas para poder explicar la situación real de la Alemania de hoy.

Al terminar al segunda guerra mundial el 8 de mayo de 1945, la rendición incondicional trajo consigo la desaparición de Alemania como Estado en el mundo internacional, por voluntad de las potencias vencedoras. Al desaparecer el poder político alemán, no quedó en su lugar más que una nación destrozada. La población, diezmada por la guerra y los bombardeos, había sufrido bajas que aun no han sido precisadas en su totalidad, pero que pueden estimarse entre tres y cuatro millones, sólo los muertos; sus grandes ciudades destruidas en más del 60 por 100 de sus edificios (2); gran número de fábricas inservibles a causa de los bombardeos, y las que quedaban se preveía que fueran presa de las reparaciones de guerra.

En estas condiciones, los primeros años de la ocupación fueron muy duros para Alemania. El empobrecimiento general, la falta de carbón, el mercado negro, la desnazificación, los grandes procesos contra los criminales de guerra y el hundimiento moral acarreado por la guerra y estas medidas, fueron el tremendo precio que tuvo que pagar Alemania y que marca el período más sombrío de su historia moderna.

Sin embargo, a partir de la reforma monetaria de 1946, el mundo contempla sorprendido lo que se ha llamado «el milagro alemán». Entre las ruinas espirituales y materiales empieza a surgir de nuevo la riqueza y las gentes alemanas, con sorprendente facilidad de adaptación a las nuevas circunstancias, trabajan más que nunca para reconstruir sus ciudades, sus fábricas, sus templos; una fiebre de trabajo recorre todo el espacio alemán dividido y maltrecho. Las hondas raíces psicológicas de este trabajo encarnizado, trabajo sin perspectivas ni esperanzas claras, hay que buscarlas en la psicología de ese pueblo lleno de contradicciones. Pero no podemos entrar aquí en estas cuestiones que no tocamos más que como trazos de este esbozo general.

La tensión política entre los dos grandes bloques, occidental y oriental, es el factor decisivo, al lado de la vitalidad y adaptabilidad alemanas, para explicar la resurrección de Alemania.

La esperanza del Gobierno cuatripartito se desmorona y con ella Alemania queda irremisiblemente dividida en dos zonas que son la expresión de la máxima tensión de ambas políticas. Alemania es el *limes*

(2) Frankfurt 70 %; Hamburgo, 53 por %; Essen, 87 %; Mainz, 65 %; Düsseldorf, 50 %; Wiesbaden, 25 %; Cassel, 83 %; Augsburg, 24 %; Bremen, 62 %. En Nüremberg sólo quedaron intactas el 3 % de las casas. München, 47 %; etc.

entre dos bloques y cualquier intento para modificar su situación y respectivas fronteras, acarrearía un conflicto general de consecuencias incalculables. La crisis y el bloqueo de Berlín pusieron de manifiesto que los occidentales no estaban dispuestos a ceder ni un palmo de Alemania a la expansión rusa.

Alemania ha sido, pues, durante todos estos años, objeto de la política internacional de las grandes potencias y, objeto en el cual dicha política tenía que operar con el máximo de cuidados. Esta es la razón por la que se justifica el conocimiento de los datos reales que constituyen la Alemania de hoy, como datos reales que son, del punto de máxima tensión para la política internacional.

Pero en segundo lugar, el cuasi estado que ha venido siendo Alemania occidental desde que se promulgó el Estatuto de ocupación de la trizona y que, en gran medida es todavía, tiene también una proyección de dentro a fuera, un esbozo de política exterior cada vez más preciso y que parte de su situación real. Es la actitud alemana ante los grandes problemas de su momento internacional. Esta actitud se ha movido en corrientes muy difusas de opinión para ir cristalizando en la posición de los distintos representantes del pueblo alemán, en lo que mañana será, indudablemente, al llegar el momento de la igualdad de derechos, la política exterior de Alemania occidental.

Así, pues, nuestro artículo se dividirá en dos partes; la primera destinada a averiguar cuáles son los datos reales, la situación interna de Alemania, y la segunda, su actitud ante los problemas que le plantea su situación internacional.

1. En primer lugar, existe el hecho geográfico-político de la división en dos del antiguo espacio alemán; la línea del Elba constituye una muralla entre dos Alemanias cada vez más separadas. De esta división sólo se salva, relativamente, Berlín, que constituye una isla con problemas y mentalidad peculiares entre las dos zonas (3). La República democrática de la Alemania oriental, con sus dieciocho millones de habitantes, es un país predominantemente agrícola y en el que una decidida y radical reforma agraria está creando nuevas estructuras sociales que contribuyen a diferenciarla de la República de Bonn. No insistiremos más en el dato real de las dos Alemanias, porque por sí solo podría ser objeto de un largo estudio, y nos reduciremos solamente en la segunda parte de este artículo, a contemplar este problema desde la mentalidad de la Alemania occidental.

La República federal tiene hoy unos cuarenta y siete millones de habitantes. En este mismo territorio vivían, en 1939, cuarenta millones de

(3) No podemos entrar aquí en el interesante «caso» de Berlín, como universo-isla dentro de Alemania.

habitantes; es decir, siete millones menos. Esta población supone una densidad de doscientos habitantes por kilómetro cuadrado (ciento cuarenta y cinco en 1939, frente a setenta y cinco habitantes por kilómetro cuadrado en Francia y cincuenta y seis en España). En la cuenca del Ruhr las cifras de población son impresionantes: setecientos cincuenta y dos habitantes por kilómetro cuadrado, con 5,8 millones de cifra absoluta, en una superficie del 3 por 100 del total de la República federal. Alemania es, pues, hoy un país altamente superpoblado; las pérdidas causadas por la guerra en la población, han sido compensadas de sobra sólo con las cifras de refugiados del Este (siete a ocho millones de personas), sin contar las compensaciones debidas a la natalidad.

La producción agrícola de Alemania occidental es suficiente sólo para abastecer al 45 por 100 de su población. Antes de la guerra, Alemania producía el 80 por 100 de sus necesidades en productos agrícolas, pero hoy, a causa de la desmembración del Este, esta cifra tiende a ser sustituida, en el caso más favorable, por la del 50 por 100.

Frente a esto, Alemania ha recuperado casi por completo su potencial industrial. La producción industrial de Alemania en diciembre de 1950 había alcanzado el mismo índice que en 1938, teniendo en cuenta que 1938 fué un año de preguerra en el que ya la máquina industrial alemana trabajaba a gran presión. A esto principalmente, junto con el resurgir del comercio y la creación de nuevas clases adineradas, se ha llamado «el milagro alemán».

Alemania necesita producir más productos manufacturados, para poder importar todos los productos agrícolas necesarios para su alimentación. Pero el problema no reside sólo en producir más, sino en buscar los mercados adecuados para esta superproducción. El mercado natural de los productos industriales alemanes era el Este, incluida la zona alemana oriental. En retorno, los alemanes podían proveerse de los necesarios productos agrícolas. Pero al agravarse la tensión internacional, los aliados, que controlan el comercio exterior de la República federal, han puesto grandes trabas al comercio en esta dirección, que ya comenzaba a precisarse. Recientemente ha recaído el veto de la Alta Comisaría sobre un contrato firmado con la China comunista por grandes industriales alemanes, para suministrar a aquélla raíles de ferrocarril en grandes cantidades, lo que probablemente hubiera supuesto un gran desahogo para la producción industrial del año 1951. Es de esperar que en este aspecto no varíe mucho la situación en el futuro próximo, por lo que Alemania se verá obligada a buscar sus mercados en otros puntos. Esto no significa que los industriales alemanes no intenten por todos los medios a su alcance forzar el telón de acero con sus mercancías; el comercio legal y el clandestino, con la Alemania del Este, por ejemplo, ha ido en aumento, pese a todas las restricciones de tipo político.

Los problemas que actualmente tiene planteados la economía alemana, son los siguientes: En primer lugar, el aumento de la producción de acero y de carbón. Para conseguirlo será necesario que los aliados levanten el tope de 11,1 millones de toneladas de acero anuales que han impuesto a la República federal. También será necesario una renovación del utillaje industrial, calculándose en dos a tres mil millones de marcos los necesarios para modernizar y poner al día la producción de carbón.

El segundo y más grave problema es el de subsanar el déficit de la balanza comercial que, naturalmente, está en relación con la limitación de la producción agrícola y las posibilidades industriales. En diciembre de 1950, las importaciones suponían 1.323 millones de marcos, frente a 1.000 millones de las exportaciones (4). Estas cifras se agravan si tenemos en cuenta que el experimento de economía liberal impuesto por los americanos y realizado por Adenauer ha conducido a una mala selección de las inversiones, importándose muchos productos de lujo, y disminuyéndose otras necesidades vitales.

En el mercado interior ocurre algo similar; es frecuente en la Alemania de hoy el sorprendente espectáculo de una calle de una gran ciudad en la que no están reconstruídos más que los comercios (magníficamente instalados en los pisos bajos), los cines, los bancos y los cafés. De noche, el aspecto rutilante de estas vías produce la impresión de riqueza y de vida, pero a la luz del sol, provoca en el alemán de la calle la sensación irritante del lujo al lado de la miseria.

Y esto nos conduce a hablar del aspecto social de la Alemania occidental. La derrota y la reforma monetaria habían producido un general empobrecimiento con una nivelación de las clases sociales. Pero pronto se advirtió que la economía alemana iba a dividir al país en dos grandes grupos, los detentadores de bienes de un lado, y los poseedores de dinero de otro (entre los que se encontraban los asalariados, los funcionarios, profesiones liberales, rentistas, etc.). La lucha entre ambos es muy desigual y los productores y comerciantes pertenecientes al primer grupo, llevan siempre la ventaja. La reforma monetaria no les afectó, y de ella nació una injusticia social causada por un desequilibrio en el reparto de riqueza y renta, en provecho de los detentadores de bienes. El comercio se ha transformado en una actividad de «caballeros bandidos», según frase del Vicecanciller Blücher, y nuevas clases medias sin tradición, sin grandes valores morales ni culturales, dominan hoy el panorama social alemán. Bien es cierto que se trata de un fenómeno general en la Europa de esta postguerra, pero se deja sentir con mucha mayor

(4) Las cifras totales para los meses de enero a noviembre de 1950, son, en millones de dólares U. S. A., las siguientes: Importaciones, 2.389,4; exportaciones, 1.740. («Bol. Est. de las N. U.»).

fuerza en Alemania, a causa del empobrecimiento general de las demás clases. Pero puede uno preguntarse si se trata solamente de un relajamiento moral individual lo que justifica este estado de cosas, o sino sería más bien la orientación dada al sistema entero por los dirigentes responsables de la economía, la que ha producido precisamente esta falta de moral. Otto Haas, en un reciente artículo (5), resume la situación en estas frases: «¿Podemos, pues, reprochar a los particulares el que se aprovechen de una ocasión que se les ofrece tan generosamente de hacer superbeneficios injustificados? Si la política económica seguida permite aumentos de precios no justificados por los costes de producción, se acabaron entonces los principios de justicia y el intento de responsabilidad hacia el bienestar de la comunidad. Y lo que los particulares hubieran rechazado todavía ayer como inmoral, lo harán hoy o mañana tratando verosímilmente de justificarlo. Las nociones del derecho no son estables; pero los responsables de este estado de cosas son los políticos, que haciendo caducas las leyes morales, escritas o no, han abierto el camino a lo arbitrario.»

Hemos dedicado mayor espacio a este problema de las clases medias nuevas, porque creemos que es uno de los síntomas más graves de la actual vida alemana. Al lado de estas nuevas clases, la sociedad alemana se estructura como sigue: Los grandes magnates de la industria, de la finanza, etc., vuelven a encontrar posibilidades, y buena muestra de ello es la liberación de Alfred Krupp, cuyo nombre ha constituido en Europa, y sobre todo en Francia, un verdadero símbolo del poderío militar alemán. Las viejas clases medias, desde la burguesía hasta los modestos funcionarios, e incluso la alta burguesía y la aristocracia, han sufrido un descenso social muy pronunciado; junto con la *intelligenzia* han sido las clases más castigadas por la guerra, si bien es cierto que, en gran medida, fueron los responsables por acción u omisión, del desencadenamiento de la misma. No sería exacto hablar de proletarización, pero sí de nivelación en los estratos más bajos de la clase media.

La situación del proletariado alemán, es muy distinta según se la mire desde España o desde el interior. El español que hoy se acerca a la cuenca del Ruhr, no saldrá de su asombro al observar el alto nivel de vida de los trabajadores alemanes, su salario medio de 1,40 marcos por hora (que equivale casi al salario total por una jornada de trabajo en España), Su «habitat», en general, equivale al español de la clase media. Sin embargo, oímos que los Sindicatos se quejan constantemente de la insuficiencia del poder de compra de estos salarios y demuestran que la parte correspondiente a los obreros de la renta nacional ha disminuído en Alemania de 52,3 por 100 en 1938 a 48,9 por 100

(5) «Gewerkschaftliche Monatshefte», núm. 10, 1950: *Tendencias de nuestra política económica*

en 1950. De hecho, el salario real del obrero alemán viene a ser, aproximadamente, un tercio del del obrero americano y sensiblemente igual al salario medio real en Francia y en Italia. Pero el número de obreros en paro asciende a 1.500.000 para enero de 1951 (de los cuales una gran parte se atribuyen a paro estructural), y como, por otra parte, la producción alemana ha aumentado, como es lógico, a menor ritmo que la producción europea general, o la americana, la situación no resulta muy halagüeña para las clases trabajadoras. Por ello, los Sindicatos alemanes exigen una mayor coordinación de las inversiones a través de mecanismos de cooperación europea, de los que podría ser un buen comienzo el plan Schuman y una total democratización de la economía. En este aspecto el D. G. B. (6) ha sido el gran propulsor de la Ley sobre la cogestión en la economía (Mitbestimmungsrecht). No podemos aquí entrar en detalles acerca de esta importantísima Ley que, parcialmente, acaba de ser aprobada. En nuestra opinión, representa uno de los intentos más serios de renovar el sistema económicosocial vigente y una garantía de que Europa puede encontrar también fórmulas capaces de solucionar la antítesis entre marxismo y capitalismo.

Un grupo y un problema aparte, lo constituye el de los refugiados que han huído de las zonas del Este.

La situación de muchos de estos refugiados (así como la de los sin trabajo), hace que constituyan un núcleo de sub-proletariado con características muy definidas y muy especiales. Están repartidos principalmente en los países más agrícolas de la República federal; Schleswig-Holstein y en Baviera. Su número es difícil de precisar, pues varía constantemente. En todo caso, puede afirmarse que la cifra de *siete millones* de refugiados de las zonas del Este y de los demás países del otro lado del telón de acero, se queda más bien corta. Durante todo el año 50 entraban diariamente en Alemania mil personas procedentes de la zona oriental, de donde escapaban clandestinamente. Esta enorme cifra hace sospechar que la vigilancia rusa no era muy estricta, y que más bien se trataba de quitarse de encima una población excedente a la que no podían alimentar, creando con ello, de paso, un grave problema a las autoridades aliadas. Estos refugiados viven en campos especiales, en barracones de madera y en condiciones bastantes duras. Sobre todo, se trata de personas que, psicológica y socialmente, se encuentran desplazadas totalmente de su anterior *status*. Pueden constituir fácilmente, por esta razón, un fermento de radicalismo en la Alemania occidental. Hasta el momento, los partidos que representan a los refugiados no han manifestado una tendencia política clara. Los extranjeros que pertenecían a

(6) Deutsche Gewerkschafts Bund; Federación de sindicatos que abarca desde los grupos católicos a los comunistas.

este grupo de personas han tenido mayores posibilidades gracias a la protección de la I. R. O., pero a los alemanes no se les concedió la categoría de personas desplazadas. En repetidas ocasiones hemos oído de labios de personalidades alemanas la opinión de que este problema de los refugiados no podía encontrar una solución puramente alemana y que era menester una ayuda europea y americana, facilitando la emigración, etc. Pero lo cierto es que, compulsando la cifra total de parados que hemos dado antes, de los cuales sólo el 30 por 100 son refugiados, se llega a la conclusión de que Alemania con sus propias fuerzas, ha sido capaz de absorber ya en gran medida esta población excedente. Lo cual no quiere decir que no constituyan un grave problema, sobre todo desde le punto de vista psicosociológico.

En el campo estrictamente político, el panorama de la Alemania occidental varía de unos Länder a otros. El federalismo, resucitado por los aliados por razones políticas, es, en general, muy criticado por los alemanes. Los argumentos que se emplean contra él son los de que resulta muy costoso y artificial. Sin embargo, ha tenido la ventaja de interesar a los alemanes en la vida política concreta de su propia y reducida comunidad, sirviendo de instrumento de selección para proveer al país de los hombres políticos necesarios para salvar el difícil período de la reconstrucción. Podrá decirse lo que se quiera de las dos cámaras del Bundeshaus: el Bundestag y el Bundesrat; pero lo cierto es que han ido cumpliendo la difícil misión de reemplazar el enorme vacío político que se había formado en Alemania como consecuencia de la caída del nazismo. A orillas del Rhin, en un gran edificio que parece un balneario moderno o unos estudios de cine, se alza la Bundeshaus, dominada desde una colina cercana por el palacio donde reside la alta Comisaría aliada. Los alemanes han visto en ello un símbolo del escaso poder que tenían sus instituciones democráticas. Multitud de bromas y de críticas han recaído sobre el Parlamento de la República federal y sobre la Administración de Bonn. Pero estas críticas tienen más de escondido resentimiento contra los aliados que impusieron en cierto modo tales instituciones, que de valor real. La verdad es que lo mismo el Gobierno que el Parlamento van cumpliendo su misión con bastante sobriedad y eficacia.

El 4 de febrero de 1948, el general Clay, Jefe del Gobierno militar americano, declaraba que «no merecería ser tomado en serio, si pretendiera que la democracia había echado raíces en Alemania.» Se trataba de un hecho objetivo que nadie podía entonces poner en duda. Los alemanes habían dejado de ser nazis, ciertamente, pero ninguna creencia o convicción política había sustituido a la perdida fe en Hitler. Los partidos, se decía, tenían una vigencia puramente formal y nadie se interesaba en la naciente vida política del país. La situación en 1951 es

ya distinta : de un lado, la mayor autonomía del Gobierno de Bonn, y de otro, la incorporación de masas cada vez mayores de trabajadores a la gestión pública a través de los Sindicatos, van consiguiendo que la opinión alemana vaya fijándose cada vez más en torno a los partidos políticos. Bien es cierto que muchas de las críticas que a esto se hacían continúan siendo válidas para gran parte de la población y, sobre todo, entre la juventud. Pero esto se debe a la creencia, muy fuerte entre los jóvenes, de que lo político era algo a lo que se debía asentir de un modo absoluto y entusiasta; algo así como un sustitutivo de lo religioso. De ahí la sensación de vacío y de ausencia de ideales que puede constatarse entre la juventud alemana. Se habla mucho contra la «Restauración» de Weimar y de que los partidos en Alemania no son más que el producto de la escisión biológica del núcleo del partido nacional-socialista. Pero también en este campo el problema no es sólo alemán. En toda Europa se advierte el cansancio y la insuficiencia de las viejas fórmulas suministradas por los partidos, así como la necesidad de encontrar nuevas ideas fuerzas capaces de movilizar otra vez el entusiasmo de los pueblos. En algunos casos esto significa una nostalgia de los métodos y las formas fascistas y de su retórica alucinada. Pero en otros, supone una preocupación real por encontrar nuevas fórmulas superadoras de las contradicciones entre el mundo capitalista y el marxista. Tal vez, para la juventud alemana, una de las ideas que puede ir sustituyendo la fe perdida en los viejos mitos, es la idea de la unidad de Europa. El que haya visto aplaudir a los universitarios alemanes al oír un ataque dirigido por un ministro del Bund al concepto de soberanía nacional, podrá darse cuenta de, hasta qué punto, esta juventud decepcionada y herida puede ser campo propicio para una eficaz renovación política.

El cuadro general de los partidos en el mes de julio de 1950 era el siguiente : el partido más fuerte en el Parlamento federal era el C. D. U. (Christliche Demokratische Union), de Adenauer, que cuenta con 140 puestos sobre 402 diputados en la República federal. La Unión democrática cristiana, es un partido que reúne elementos muy diversos. En su seno colaboran católicos y protestantes; integra, desde magnates de la industria y las finanzas (ala derecha del partido, dirigida por Adenauer), hasta los grupos representantes de los Sindicatos y, por tanto, de las masas obreras cristianas. La estabilidad interna de la Unión depende en gran medida de la habilidad de sus dirigentes y de que las fuerzas opuestas que actúan en su interior estén más o menos dispuestas a la concesión y al compromiso. A continuación viene en importancia el partido S. P. D. (Sozialdemokratische Partei Deutschlands). Este partido, socialista, es el único, aparte del comunista, que se ha incorporado a la

escena política, idéntico exteriormente a lo que era antes de 1933. Dispone de 131 diputados en el Parlamento federal. El S. P. D. no ha cambiado de nombre ni de tradición, ni tampoco las formas de su representación en el interior del partido (elección de sus funcionarios por la Asamblea de delegados, etc.). Lo que es nuevo en el S. P. D. es la gran importancia que han cobrado sus jefes. El marxismo dogmático ha perdido casi toda su vigencia en los problemas y en la actuación del partido. Se sigue hoy una táctica oportunista para procurar no verse desbordado por la gran fuerza que representa en la vida alemana la unión sindical. Esta carencia de ideología, ha traído como consecuencia una gran influencia de los tácticos del partido y la «dirección» va reemplazando al programa. El puente de mando del partido socialista está ocupado por un hombre como Kurt Schumacher, que reúne en su persona la más brillante dialéctica con el amargo resentimiento de un hombre físicamente acabado por los nacional-socialistas. Estos factores producen una peligrosa combinación, que se manifiesta en las explosiones, ya célebres, del señor Schumacher. Vemos así que en el interior del S. P. D. los problemas de su jefe ocupan un lugar considerable. Tal fué ya el caso en tiempos de Augusto Bebel (7).

El F. D. P. (Freie Demokratische Partei), partido democrático libre, representa la tendencia liberal y dispone de 52 puestos en el Parlamento. Este partido procede de las huestes de Naumann y de Stresemann y es la más fuerte representación de la burguesía liberal antisocialista. Junto con el C. D. U. forma hoy la coalición gobernante en Bonn.

A continuación vienen una serie de pequeños partidos, como los dos partidos federalistas —el partido alemán y el partido bávaro—, que sirven de apoyo en la balanza de coaliciones en el Parlamento. Su orientación es agraria y burguesa y podrían formar parte del C. D. U. si no fuera porque para el partido bávaro la Unión es demasiado centralista y para el partido alemán, poco antisocialista. Sin embargo, desde su fundación, el centro de gravedad del C. D. U. se ha inclinado de tal modo hacia la derecha, que probablemente, y al menos en lo que respecta al partido alemán, es de esperar una fusión de ambos.

Dentro del Parlamento federal hay otra coalición, formada por el partido Zentrum (que tiene diez puestos), y la Asociación de Reconstrucción Económica, W. A. V. (Wirtschaftliche Aufbaun Vereinigung). El W. A. V. es una reedición pequeño-burguesa del antiguo Partido Económico, dirigido por la curiosa personalidad de Loritz. Mucho más serio que este último y con mucha más tradición política es el Zentrum. La resurrección de este partido represen-

(7) Cf. artículo de K. H. KNAPSTEIN: «De Weimar a Bonn.—Los partidos en la República Federal Alemana.» Documents, núm. 7, Julio 1950.

ta una protesta contra la evolución de la C. D. U. hacia la derecha y la infiltración del liberalismo en sus filas. Además, el nuevo Centro rechaza la idea de unión entre católicos y protestantes, menos por estrechez confesional que por estar convencido de que esta infiltración del liberalismo es consecuencia de esa unión. Está dirigido por la señora Elena Wessel, una de las personalidades más inteligentes del Parlamento federal y su programa está claro. Quiere ser un partido católico netamente progresista socialmente, y pese a su debilidad numérica podrá rendir muy útiles servicios cuando se trate de formar en Alemania la tercera fuerza.

En la extrema derecha de la Cámara hay un grupo de diputados de tendencia nacionalista, en constante fluctuación. Es preciso observar este grupo cuidadosamente, pero sin tomarle demasiado en serio. La tendencia ultranacionalista en Alemania es, hoy por hoy, mucho más escandalosa que efectiva.

El partido comunista (K. P. D. «Kommunistische Partei Deutschlands»), en la zona occidental, puesto que en la oriental se llama S. E. D. «Sozialistische Einheitspartei Deutschlands», y constituye una unión entre los partidos comunista y socialista), está representado en el Parlamento federal por 15 diputados, y todo hace prever que su número irá disminuyendo en futuras elecciones.

Con esta visión de la política alemana, así como de los elementos reales que la sustentan, creemos tener en la mano los elementos suficientes para tratar la segunda parte de este artículo; es decir, sobre la actitud alemana frente a los problemas que le plantea la situación internacional.

2. El problema más inmediato que se presenta a los alemanes de hoy es el de la misma escisión de Alemania en dos cuasi-Estados diferentes. Como ya hemos dicho en la primera parte de este artículo, esta división se acentúa cada vez más de día en día, como consecuencia de la polarización del mundo internacional en dos bloques antagónicos: oriental y occidental. En la conciencia alemana occidental está siempre presente el dolor de esta desmembración, que se sabe, además, irremediable, al menos en un futuro inmediato y por vía pacífica, dado que, como diremos más adelante, la Alemania occidental es —paradójicamente— el país menos belicista de Europa. Los alemanes se van acostumbrando a prescindir de la otra Alemania de más allá del Elba, aun sin perder la esperanza de una unión que no se sabe cómo ni cuándo podrá producirse.

La firma del tratado germano-polaco por el que la Alemania occidental ha renunciado «definitivamente» a los territorios más allá de la línea Oder-Neisse, ha vuelto a agravar esta lanzada en el costado de la

nueva Alemania. Solamente en el grupo de los refugiados, que por su propia situación son los más dispuestos a enrolarse en un ejército capaz de reconquistar los territorios perdidos, subsiste un propósito inmediato de unión con la Alemania oriental. Pero las recientes gestiones de Grotewohl, tendentes a pactar en común una unión de las dos Alemanias, con el sedicente fin de oponerse a la guerra, no han encontrado apenas eco en la Alemania occidental, por haber sido desenmascaradas convenientemente por el Gobierno de Adenauer.

La otra gran tarea internacional que se ofrece a la flamante República de Bonn, es la de la integración de Europa occidental. Ya hemos dicho al comenzar esta crítica que el Canciller Adenauer ha firmado ya, en nombre de su Gobierno, el plan Schuman y ha tomado posesión, como ministro de Asuntos Exteriores de su país, del puesto correspondiente a Alemania en el Consejo de Estrasburgo. No cabe duda de que en el terreno de las realidades, será mucho más efectivo para la unión europea el primero de los actos reseñados. El plan Schuman, del que no podemos ocuparnos aquí con la extensión que se merece, representa el primer intento serio para crear la base económica indispensable para la unidad europea. Indudablemente, la economía del acero y del carbón de Francia y Alemania exigen una solución de esta índole, ya que se trata de estructuras complementarias. Francia necesita carbón del Ruhr, y Alemania necesita mineral de hierro y chatarra franceses. Es de advertir que las mayores dificultades que ha habido y habrá para la definitiva adopción de este plan han procedido, o bien del grupo Benelux, que produce el carbón mucho más caro, o bien de los grupos extremistas y capitalistas de los demás países signatarios. Los Sindicatos alemanes han prestado una gran ayuda teórica para la elaboración de este plan, y en contrapartida exigen una participación en sus organismos rectores. Esta medida, que no dudamos será muy beneficiosa para la eficacia del plan, encontrará ciertamente oposición en los elementos derechistas del F. D. P. y del C. D. U. en el Parlamento de Bonn (así como también en los Sindicatos de inspiración comunista franceses e italianos), pero no dudamos que, al menos por lo que respecta a Alemania, terminará por ser refrendado definitivamente el plan en razón a las grandes ventajas políticas y económicas que traerá consigo.

En cuanto a las fórmulas más o menos eficaces para una federación europea occidental, ya hemos indicado al hablar de la actitud de la juventud alemana, que estas ideas podían hoy mover en gran medida la inercia política alemana y sustituir a viejos ideales perdidos. Nuestra impresión personal es que, hoy por hoy, Alemania es uno de los países en donde el ideal europeo tiene más fuerte y sincero arraigo. La encuesta hecha por el «EMNID» (el Gallup alemán), prueba esta afirmación. A la pregunta: «¿Qué solución estima usted mejor para el futuro:

la reconstrucción de Alemania como Estado enteramente independiente con sus propias fronteras aduaneras, o bien, una Alemania admitida en plano de igualdad en una Unión Europea?»

Las respuestas fueron :

	Por un Estado nacional	Por la Unión Europea	Sin opinión
Junio de 1949	44 %	35,9 %	20,1 %
Diciembre de 1949... ..	28,2 %	44,3 %	27,5 %
Mayo de 1950.	28,6 %	47,9 %	24,5 %

En los sectores occidentales de Berlín, 59,9 por 100 se declararon por la Unión Europea, 26,4 por 100 por un Estado nacional y 13,7 por ciento sin opinión.

Por último, nos queda considerar la actitud de la población alemana y de sus representantes frente a la posibilidad de una guerra entre los dos bloques oriental y occidental y los medios de prevención de la misma, es decir, el problema del rearme.

Es este un problema de grandes complicaciones psicológicas y sentimentales para el pueblo alemán. Después de la catastrófica experiencia de la última guerra, Alemania ha dejado de ser un país guerrero. Sabemos que esta afirmación parecerá atrevida, pero realmente creemos que se ajusta a los hechos. Basta con hablar con cualquier alemán de la calle, obrero, estudiante, profesor, comerciante, para darse cuenta de hasta qué punto la idea de otra guerra hace estremecerse a los alemanes. Por ello, gran parte de los alemanes están dispuestos a aplaudir cualquier fórmula neutralista y de tercera posición que se les predique.

Frente al rearme, la posición es más compleja. Aquí se mezclan resentimientos por parte de los militares alemanes de carrera que se han visto postergados y perseguidos, y la falta de flexibilidad mental característica del pueblo alemán que no puede comprender (o no quiere comprender) por qué los aliados han estado predicando a través de toda su campaña de reeducación, el odio al militarismo alemán y al uniforme, para que ahora, cuando apenas acaba de terminar el desmontaje de las fábricas de producción de guerra, se prevea la creación de otra Reichswehr y vuelvan a producirse cañones en lugar de mantequilla.

En las últimas encuestas hechas sobre el tema del rearme, la opinión alemana se ha mostrado clara y terminantemente en contra. Según los servicios de información americanos, el 85 por 100 de los alemanes del Oeste se oponen a una remilitarización. Esta cifra no parece exagerada si se confronta con las encuestas realizadas por los periódicos más importantes de Alemania. Se han pronunciado contra el rearme en el mes de enero de este año, el 88,3 por 100 de los lectores de la

Frankfurter Neue Presse, 76,3 por 100 de los lectores de *Wandlung*, 94,4 por 100 de los lectores del *Kasseler Zeitung*, 75 por 100 de los lectores de *Bremer Nachrichten*, 89 por 100 de los lectores del *Franken-Post*, 85 por 100 de los lectores de *Sieben Tage*, etc., etc. Estas cifras son el resultado de los sondeos efectuados la víspera de la visita del general Eisenhower. La visita de éste, así como las frases que pronunció en el sentido de considerar a salvo el honor profesional del ejército alemán, no creemos hayan tenido una gran repercusión sobre esta opinión popular.

Sin embargo, no hay que dejarse engañar por estas reacciones de tipo sentimental. La posición oficial del Gobierno alemán, del Canciller Adenauer es, a este respecto, sobradamente conocida. Alemania exige la igualdad de derechos previa a toda decisión de rearme, y en segundo lugar, en ningún caso este rearme supondría la resurrección de un nuevo ejército alemán, sino la cooperación en un ejército europeo o del Pacto Atlántico.

La posición del partido socialista es, en este sentido, más exigente; ya que nadie puede reprocharle al señor Schumacher el pretender restaurar el militarismo o el nacional-socialismo, y, por ello, sus palabras sobre este problema pueden sonar, a quien no esté en el secreto, como si fueran pronunciadas por un ultra-nacionalista.

Hoy día parece ser que los aliados han puesto un compás de espera a la cuestión del rearme alemán posiblemente en vista de los malos resultados que el sondeo lanzado por Eisenhower, ha producido en diversos países, y principalmente en el interior de Alemania. Por otra parte, no hay que olvidar que, aunque no llegue a alcanzar resultados prácticos, la conferencia de los auxiliares de los cuatro grandes en París, tiene sobre el tapete el problema alemán y, por tanto, oficialmente no puede resolverse nada antes de saber cuáles serán los resultados de tal conferencia.

Sin embargo, creemos que si llegara el momento, no sería dudosa la participación de Alemania en el ejército del Pacto Atlántico, o en cualquier otra organización similar, e incluso autónoma. Frente a todas las protestas sentimentales, el pueblo alemán ha demostrado una rara capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias, que unido a su proverbial espíritu de obediencia, le haría empuñar de nuevo las armas para la defensa de Europa en cuanto el señor Adenauer se lo propusiera.

OSÉ ANTONIO GEFAELL